

1^o
junio

Luz y tinieblas

.....

“Otra vez Jesús les habló, diciendo:

‘Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.’”

(Juan 8:12).

Antes de la semana de la Creación, el planeta Tierra era un astro apagado, sumergido en tinieblas. Dios creó la luz el primer día, después, en el cuarto día, hizo entrar nuestro planeta en los ciclos del sistema solar y la luz del sol irrumpió en la superficie terrestre: noche y día, tinieblas y luz, cada veinticuatro horas. De este modo, la imagen antitética luz/tinieblas ha pasado a ser una de las figuras más emblemáticas de la simbología bíblica: luz, el bien; tinieblas, el mal; luz, la gracia divina; tinieblas, el pecado; luz, la salvación; tinieblas, la perdición; luz, la vida; tinieblas, la muerte.

Una mañana resplandeciente nuestro mundo se cubrió de sombras antes de llegar la noche. Como en un gran eclipse, la luz se fue en pleno día y las tinieblas abrieron la vida en este planeta: los animales se volvieron salvajes; los seres humanos se convirtieron en sombras siniestras que andaban a tientas buscando algo de luz; los trigales se llenaron de cizaña; los mares se tornaron profundos, misteriosos; las montañas se hicieron abruptas y los ríos torrentosos, inundaron las riberas arrasándolo todo.

Hubo oscuridad en los ojos de los hombres que se tornaron tristes y asustadizos; y sombras en sus corazones que se volvieron duros como de piedra. Hubo tinieblas en su entendimiento que les impidieron pensar con cordura. Hubo oscuridad en sus conciencias que mudaron la verdad de Dios en mentira. El precioso hogar creado por el Padre celestial se transformó en una cueva sin luz; el hombre llegó a ser un prisionero arrojado al fondo del abismo y allí, la enfermedad, la violencia, el engaño, el temor, la envidia, el vicio, la lujuria, los homicidios se instalaban en la crónica de cada día.

Pero, en medio de esa triste oscuridad, apareció la luz: “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor. 4:6). Jesús, la luz, descendió a esta cueva como un prisionero más y la iluminó, y allí fue “la Luz del mundo”, en “el Sol de justicia”, “la Vida y la Luz de los hombres”, “la Luz verdadera que alumbrá a todo habitante del mundo”. Y nosotros somos ahora “luz en el Señor”, “hijos de luz”, “la luz del mundo”.

Ilumina hoy la vida de otros. Refleja a Jesús.

El programa de una campaña electoral

“Enrollando el libro, lo dio al ministro y se sentó. Los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Entonces comenzó a decirles: ‘Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros’”

(Lucas 4:20, 21).

2
junio

Después de cuarenta años de un gobierno autocrático, supe lo que era una campaña electoral democrática. La noche del 23 al 24 de mayo de 1977 comenzó la primera campaña electoral para los primeros senadores y diputados en Cortes de la transición política española. Lemas de los partidos políticos, mítines de sus representantes, propaganda en televisión, carteles llenando vallas, paredes y espacios libres, debates públicos de los líderes, promesas por todas partes. Todo un verdadero espectáculo de funambulismo político, demagogia, habilidad dialéctica y persuasión para conseguir el voto de los ciudadanos. En aquellos años se ofrecía un plan de empleo integral, defensa del medio ambiente, derecho a una vivienda digna, desgravación del ahorro familiar, derecho a la libre elección de médico y centro de salud, exención de impuestos para las pensiones, un futuro prometedor, entre otras cosas. Se formó un parlamento de representantes del pueblo y un gobierno de gestión de los asuntos públicos. Pero, después, vino la realidad, no carente de desencantos.

Este hecho insólito de la España de la posguerra me hace pensar en otra campaña electoral, valga la comparación, que lanzó un hombre al comienzo de su obra en el mundo: Cristo. Cuando se presentó como Mesías a sus conciudadanos, en Nazaret, donde había sido criado, les dijo lo que iba a hacer; pero no usó carteles, ni pintadas, ni octavillas, ni debates públicos. Más bien, usó la Escritura, allí en la palabra profética, leyó su programa mesiánico: un plan redentor del ser humano, no solamente dirigido al pueblo judío, sino a la humanidad entera. Un programa inspirado por el Espíritu Santo que, para ejecutarlo, requiere su unción. Un proyecto que pretende dar solución a realidades muy graves del hombre: pobreza, carencias, duelos, desigualdades, enfermedades del espíritu, ceguera espiritual, cadenas de opresión, falta de libertad. Un plan espiritual que, aunque tiene incidencia en la vida social y política de la gente, no persigue intereses materiales porque se ejerce en el interior del hombre, en su corazón. A este programa, todavía vigente, solo se puede responder con el voto de “sí, creo” y Cristo tomará las riendas de tu vida y no te defraudará.

Por si fuera poco, tenemos la garantía de que el Señor cumple sus promesas, como dice el versículo de esa mañana. ¡Elígelo hoy para gobernar tu vida! ¡Él no te fallará!

3
junio

Al ver a las multitudes

.....

“Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”
(Mateo 9:36).

Aunque durante toda su vida pública, Jesús tuvo un contacto regular con la gente, en el año de la popularidad, en Galilea, era seguido por multitudes ávidas de su enseñanza y expectantes de las señales que hacía. Dice Marcos de este período: “Pero Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y lo siguió gran multitud de Galilea. También de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él” (Mar. 3:7, 8). Este período se cerró con la primera multiplicación de los panes y los peces y la predicación del sermón del pan de vida, en la sinagoga de Capernaúm, donde muchos discípulos lo abandonaron: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? [...] Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con él” (Juan 6:60, 66).

En las narraciones evangélicas del año de la popularidad, hay una expresión que se repite con frecuencia: “Al ver las multitudes”. Jesús no era indiferente a la situación de sus contemporáneos. Vivía entre ellos, se había encarnado para participar de sus debilidades y aliviarlos de sus dolores. Algunos textos señalan explícitamente el sentimiento que producía, en el corazón del Salvador, esta visión de las personas: “Tuvo compasión de ellos y sanó a los que de ellos estaban enfermos” (Mat. 14: 14). Pero no solo curaba sus cuerpos, sino también sus mentes mediante la predicación y la enseñanza (Luc. 9:11). Las gentes acudían a él también para escucharle y recibir sanidad (Luc. 6:17).

La misión de la iglesia no puede permanecer ajena a la verdadera situación del mundo. Hemos de ser observadores atentos y compasivos de las gentes, especialmente de sus sufrimientos. Hemos de ser solidarios y, en la medida de lo posible, responsables. Fue por amor y compasión a la humanidad que Jesús vino a este mundo, fue por amor y compasión por los hombres que fue clavado en una cruz. Por ello, la iglesia debe encontrar en el amor y la compasión por la humanidad la verdadera motivación de la misión: “Existe escasamente una décima parte de la compasión que debiera haber por las almas que no están salvas. Quedan muchos por amonestar, y sin embargo, ¡cuán pocos son los que simpatizan lo suficiente con Dios para ver almas ganadas para Cristo!” (*Obreros evangélicos*, p. 121).

Tú yo estamos aquí para que todos sepan que hay un Dios en los cielos.

Enseñar con autoridad

.....

“Cuando terminó Jesús estas palabras, la gente estaba admirada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”.

(Mateo 7: 28-29)

4

junio

La gente de Nazaret fue impresionada cuando le oyó predicar en la sinagoga: “Vino a su tierra y les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban y decían: ‘¿De dónde saca éste esta sabiduría y estos milagros?’” (Mat. 13:54). La admiración por la enseñanza de Jesús era evidente. El apóstol Juan nos cuenta cuál fue la reacción de los ministriles enviados por los fariseos para que arrestaran a Jesús. Cuando volvieron sin él, dijeron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Juan 7:46). Cuando Jesús preguntó a los apóstoles si también ellos querían marcharse, en el triste desenlace del sermón del pan de vida, Pedro respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). Elena de White nos revela en el libro *La educación* siete de los secretos que daban excelencia y poder a la enseñanza de Jesús:

1. *Conocía y comprendía el alma humana*: “El que trata de transformar a la humanidad, debe comprender a la humanidad” (p. 71).
2. *Vivía y practicaba lo que enseñaba*: “No solamente enseñó la verdad; él era la verdad” (p. 71).
3. *Denunciaba y reprendía el mal sin paliativos*: “Cristo reprendía fielmente. [...] Delataba el mal como enemigo de aquellos a quienes trataba de bendecir y salvar” (p. 71).
4. *En cada ser humano discernía posibilidades infinitas*: “Veía a los hombres según podrían ser transformados por su gracia” (p. 72).
5. *Recibía vida de Dios y la impartía a los hombres*: “Como hombre, suplicaba ante el trono de Dios, hasta que su humanidad se cargaba de una corriente celestial que unía la humanidad con la Divinidad” (p. 73).
6. *Se concentró en lo fundamental*: “No se ocupó de teorías abstractas sino de lo que es imprescindible para el desarrollo del carácter” (p. 73).
7. *Unía las cosas temporales con las de la eternidad*: “Establecía la verdadera relación entre las cosas de esta vida, como subordinadas a las de interés eterno pero no negaba su importancia” (p. 74).

Elena de White concluye así: “En presencia de semejante Maestro [...] es una necesidad buscar una educación fuera de él [...] apartarse del Manantial de aguas vivas, y cavar cisternas rotas que no pueden contener agua” (p. 75).

Acepta hoy las grandes enseñanzas de Jesús.

Bienaventurados

.....

“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida,
sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”
(Rom. 14:17).

La multitud había llegado de todas partes de Galilea y se había reunido en torno a Jesús, los discípulos estaban sentados cerca de él, en la ladera de la montaña. Todos miraban al Maestro como si fuera a decir algo importante y, en efecto, Jesús pronunció el sermón más significativo de su ministerio público: los principios del reino de Dios, el nuevo pacto, la identificación de los súbditos de su reino. Se hizo el silencio y de los labios del Hijo de Dios salió una palabra fascinante: “Bienaventurados”. ¿No es acaso esta la aspiración suprema de todo ser humano?

Lutero dijo de las *Bienaventuranzas*: “Son una introducción bella, dulce, llena de amor, de la doctrina y la predicación de Jesús; la manera más afectuosa, la mejor para atraer a los corazones, por medio de promesas llenas de gracia” (Citado por L. Bonnet, *Comentario sobre el Nuevo Testamento*, t. 1, p. 93).

En esta palabra inicial del sermón de la montaña hay un mensaje maravilloso de promesa, el anuncio mesiánico y escatológico, a la vez, de una bienaventuranza, dicha o felicidad que va a vencer todas las situaciones afflictivas por las que tengamos que pasar en este mundo. Los que están llamados a pertenecer al reino de Dios tendrán el privilegio de ser felices aunque la vida les depare circunstancias angustiosas. Las *Bienaventuranzas* hacen depender el bienestar de una situación interior y no de las circunstancias exteriores. Porque el reino de Dios es justicia, paz y gozo por el Espíritu Santo. En las *Bienaventuranzas*, Jesús invierte todos los valores humanos, nos enseña el secreto de la verdadera dicha y nos ofrece indirectamente la semblanza magnífica de sí mismo, porque él fue plenamente pobre, estuvo afligido, fue manso, tuvo hambre y sed de justicia, fue misericordioso, de limpio corazón, Creador y Dador de la paz verdadera e injustamente perseguido.

En realidad, la felicidad genuina no está tan lejos como imaginamos. La felicidad es un don de Dios para disfrutarlo cada día. Si estás justificado por la fe, tienes paz y hay gozo en tu corazón nacido del Espíritu Santo, ¿qué te impide ser feliz? ¿Qué más necesitas? Sin embargo, a mucha gente parece que le hace daño la felicidad y se concentra en vivir con la queja en los labios. Asimismo, Jesús nunca llamó “bienaventurados” a quienes este mundo supone personas exitosas o dignas de honra. Más bien, consideró felices y afortunados a quienes gozan de una genuina relación con Dios.

Este día pide al cielo que te ayude a tomar las decisiones correctas para ser feliz.

Los pobres en espíritu

6

junio

*“Aunque yo esté afligido y necesitado, Jehová pensará en mí.
Mi ayuda y mi libertador eres tú. ¡Dios mío, no te tardes!”*
(Salmo 40:17).

¿Quiénes son estos pobres en espíritu? Aquellos que sienten una profunda necesidad de depender únicamente de Dios. Se trata de una condición espiritual donde el creyente no encuentra en sí mismo ningún mérito para alcanzar la salvación. No son pobres en el Espíritu Santo, ni en inteligencia, no carecen de valores morales, no les falta integridad; son “los quebrantados de corazón y [...] los contritos de espíritu” (Sal. 34:18). Por eso, Cristo los considera bienaventurados.

En los tiempos de Cristo, los líderes religiosos de Israel se consideraban espiritualmente ricos. La escena de la parábola del fariseo y el publicano ilustra muy bien la actitud soberbia de alguien que se considera a sí mismo un modelo de lo que Dios espera de los seres humanos. Un “rico en espíritu” no tiene necesidad del arrepentimiento, ni del perdón divino, ni de la orientación de las Escrituras. Él ya lo sabe todo. No hay mucho qué enseñarle. Más bien, está para criticar a los demás y lanzar virulentos comentarios sobre la ralea de creyentes que no ha alcanzado sus “elevados niveles” de crecimiento en la fe. Lo interesante es que Dios rechaza de manera contundente este tipo de actitudes, ya que conllevan una evaluación equivocada de lo que significa ser cristianos, un garrafal desconocimiento de la misericordia divina, así como un profundo desprecio hacia aquellos que no se amoldan a sus ideas, ya sea en pensamiento o acción.

Una actitud similar se escucha en la iglesia de Laodicea: “Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”. Aunque, el propio Jesús establece su verdadera condición espiritual: “Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo” (Apoc. 3:17). De ahí, la dicha de ser “pobres en espíritu”. “Los que comprenden bien que les es imposible salvarse y que por sí mismos no pueden hacer ningún acto justo son los que aprecian la ayuda que les ofrece Cristo. Estos son los pobres en espíritu, a quienes él llama bienaventurados” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 12). A estos se dirige también el testigo fiel y verdadero.

¿Tienes una profunda necesidad del perdón de Dios? ¿Eres consciente de que ninguno de tus méritos es suficiente para alcanzar la salvación? Entonces, para ti hay una buena noticia. El Señor te dará aquello que tanto anhelas: la justificación por la fe en Jesucristo.

Ruega hoy al Señor que te ayude a vivir con una constante necesidad de su gracia. Eso te hará muy feliz.

7
junio

Bienaventurados los que lloran

“Jesús entonces, al verla llorando y a los judíos que la acompañaban, también llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió [...]. Jesús lloró”
(Juan 11:33, 35).

¿Bienaventurados los que lloran? ¿Cómo pueden ser felices los que han sido heridos por la enfermedad, el infortunio o el duelo? El texto parecería una contradicción, porque el mismo Jesús no pudo evitar las lágrimas en varias ocasiones. Lloró cuando vio el desconsuelo de Marta y María por la muerte de su hermano Lázaro. También lloró por Jerusalén cuyo rechazo del Mesías le iba a acarrear, años después, la destrucción, en tiempos del emperador Tito (ver Luc. 19:41-44).

El llanto de los hijos de Dios tendrá consuelo aquí y ahora. Dice Elena de White: “Si la recibimos con fe, la prueba que parece tan amarga y difícil de soportar resultará una bendición. El golpe cruel que marchita los gozos terrenales nos hará dirigir los ojos al cielo. ¡Cuántos son los que nunca habrían conocido a Jesús si la tristeza no los hubiera movido a buscar consuelo en él!” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 10). Cristo resucitó a Lázaro y lo devolvió a sus afligidas hermanas; los llantos de Getsemaní y el sufrimiento de la cruz se tornaron en la gloria de la resurrección y la victoria sobre la muerte. El profeta Isaías dijo del Cristo que había de venir: “Me ha enviado a consolar a todos los tristes, a dar a los afligidos de Sión una corona en vez de ceniza, perfume de alegría en vez de llanto, cantos de alabanza en vez de desesperación” (61:2, 3, DHH). Y un sábado, en la sinagoga de Nazaret, Jesús dijo a sus conciudadanos: “Hoy mismo se ha cumplido la Escritura que ustedes acaban de oír” (Luc. 4:21, DHH).

Esta bienaventuranza tiene aún otra aplicación: señalar a aquellos que lloran por sus pecados la tristeza de la contrición, del arrepentimiento, los que claman por el perdón divino, este es el único llanto que es según Dios: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Cor. 7: 10). A estos, el consuelo les viene con el perdón divino que es mucho más que un acto jurídico que nos libera de la condenación: “No es solo el perdón por el pecado. Es también la redención del pecado. Es la efusión del amor redentor que transforma el corazón” (*ibid.*, p. 97).

¿Eres consciente del profundo dolor que tus pecados causan al Padre celestial? ¿Reconoces tu responsabilidad en los grandes errores que has cometido? Entonces, vas por buen camino. No estás lejos del reino de los cielos.

Los mansos recibirán la tierra por heredad

8

junio

*“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados,
de entrañable misericordia, de bondad, de humildad,
de mansedumbre, de paciencia”*
(Colosenses 3:12).

Antonio era un buen amigo y hermano de la Iglesia central de Madrid. Como técnico de electrodomésticos, visitaba los hogares y le tocaba tratar con mucha gente, no siempre amable. No hablaba mucho, pero sí era un gran observador y un ferviente misionero. Un día me dio una gran lección. Era un viernes por la tarde, Antonio había llegado pronto a la reunión de oración y nos encontramos en el vestíbulo de la iglesia; nos saludamos y me espetó: “Sabes, a las personas se las conoce mucho mejor por sus reacciones que por sus acciones; las reacciones son espontáneas y revelan lo que verdaderamente son, mientras que las acciones pueden ser intencionales, premeditadas y engañosas”. Me quedé pensativo, le sonreí y me dije: “¡Qué verdad acaba de enseñarme Antonio!”

La bienaventuranza de hoy habla de los mansos (*praeis*) que los antiguos identificaban con personas de conducta exterior apacible. Jesús elevó este término a una nobleza que jamás había poseído anteriormente. Él dijo de sí mismo: “Aprended de mí que soy manso y humilde corazón” (Mat. 11:29); también de Moisés se dice que fue “un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Núm. 12:3), y esto a pesar de su irritación en el episodio de la peña de Horeb. Tanto esta bienaventuranza como las demás presuponen un aprendizaje, un cambio de corazón; pertenecen al hombre nuevo, convertido, santo y amado por el Señor. La mansedumbre que viene de Dios tiene que ver con la negación del yo y con la renuncia a todo sentimiento de egoísmo u orgullo. La mansedumbre es el resultado del dominio de las reacciones espontáneas que brotan del mal carácter, como decía mi amigo Antonio, del freno de las tempestades de la ira humana resultantes de las explosiones del genio y del mal humor. La mansedumbre es aun el control de la provocación, los insultos, los desaires, el escarnio o la mortificación. De Cristo se dice que “cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Ped. 2:23). La mansedumbre es lo contrario del espíritu de odio o de venganza y como enseña Elena de White: “La humildad del corazón, esa mansedumbre resultante de vivir en Cristo, es el verdadero secreto de la bendición” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 20).

Pide hoy a Dios que te ayude a controlar tus reacciones y revelar su profundo amor.

9

junio

Hambre y sed de justicia

*“La misericordia y la verdad se encontraron;
la justicia y la paz se besaron”*
(Salmo 85:10).

Nadie puede vivir sin alimentos. El hambre y la sed designan un deseo ardiente, una necesidad apremiante del espíritu y del cuerpo. Y la justicia a la que esta bienaventuranza se refiere no es la justicia social o política que tantos vanamente proclaman y por la que otros luchan, se rebelan y mueren, sino el veredicto soberano de Dios que libera y salva a todos los oprimidos del diablo. Justicia divina que es santidad, semejanza a Dios, conformidad con su Ley, amor, que se obtiene gratuitamente “sin dinero y sin precio” y que hace posible una justicia-fidelidad del creyente agradecido. De esta justicia, dijo Cristo, serán hartos.

El peregrinaje de los hijos de Dios por este mundo requiere que cada creyente disponga de una alimentación física y espiritual adecuada: “Así como necesitamos alimentos para sostener nuestras fuerzas físicas, también necesitamos a Cristo, el pan del cielo, para mantener la vida espiritual y para obtener energía con que hacer las obras de Dios. Y de la misma manera como el cuerpo recibe constantemente el alimento que sostiene la vida y el vigor, así el alma debe comunicarse sin cesar con Cristo, sometiéndose a él y dependiendo enteramente de él” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 21). Y es que la experiencia cristiana no se asemeja a participar de una tragantona un día de fiesta, para luego olvidarnos del momento. Más bien, se trata de degustar cada mañana de un alimento nutritivo, que nos da las fuerzas necesarias para vivir ese día con una buena actitud.

“Si en nuestra alma sentimos necesidad, si tenemos hambre y sed de justicia, ello es una indicación de que Cristo influyó en nuestro corazón para que le pidamos que haga, por intermedio del Espíritu Santo, lo que nos es imposible a nosotros. Si ascendemos un poco más en el sendero de la fe, no necesitamos apagar la sed en riachuelos superficiales; porque tan solo un poco más arriba de nosotros se encuentra el gran manantial de cuyas aguas abundantes podemos beber libremente” (*ibid.*).

¿Deseas ardientemente que Dios te perdone y limpie tu vida? ¿Sientes una enorme necesidad de comprender las Escrituras y cumplir la voluntad de Dios? Entonces, no estás lejos del reino de Dios. Te pueden faltar muchas cosas, pero tienes lo fundamental. Siguiendo este camino serás muy feliz y testificarás que hay un Dios en los cielos...

Los misericordiosos alcanzarán misericordia

10
junio

*“Jehová pasó por delante de él y exclamó: ‘¡Jehová! ¡Jehová!
Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira
y grande en misericordia y verdad, que guarda misericordia
a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado,
pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga
la maldad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos,
hasta la tercera y cuarta generación’ ”*
(Éxodo 34:6, 7).

Aunque algunos intérpretes dicen que Moisés es el sujeto del verbo exclamar, el relato cuenta únicamente lo que Moisés escuchó, no lo que vio, porque en realidad no vio nada: “Y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado” (Éxo. 33:22). Por consiguiente, quien exclamó y proclamó los atributos divinos y, en particular, la misericordia, no fue Moisés, sino el Señor mismo.

El término misericordioso (*miseriors*, en latín) es una palabra compuesta de *miseror* que significa ‘compadecerse’, y *cor* cuyo significado es ‘corazón’, es decir, significa el que se compadece de corazón, el entrañablemente inclinado a la clemencia, la piedad, la compasión. El mismo significado tiene *praeis*, la palabra griega usada en esta bienaventuranza. Pero el corazón del hombre es falaz: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9). Solo en Dios la misericordia pertenece a su esencia misma, por consiguiente, siempre que alguien manifiesta un espíritu de misericordia no se debe a un impulso propio. Dios es la fuente de toda misericordia, y los misericordiosos solo pueden llegar a ser participantes de la naturaleza divina cuando el Espíritu Santo “ha intervenido quirúrgicamente” su corazón: “Y les daré otro corazón y pondré en ellos un nuevo espíritu; quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne y les daré un corazón de carne” (Eze. 11:19).

El que se sabe objeto de la misericordia divina no es misericordioso, más bien, es hecho misericordioso, por eso Cristo dijo que alcanzarían misericordia. Los misericordiosos son aquellos que manifiestan compasión hacia los pobres, los dolientes y los oprimidos. Pero no se trata solamente de practicar la beneficencia, sino de mucho más, como practicar el perdón, motivar a los desanimados e identificarse con el dolor ajeno. Conlleva no preguntarse si el menesteroso es digno de ayuda, simplemente hay que socorrerlo y, si está al alcance, redimirlo de su estado de necesidad. Palabras y actos de bondad, miradas de simpatía, expresiones de gratitud son el lenguaje de los misericordiosos de corazón.

Este día pide a Dios que te ayude a ser piadoso con los demás.

11
junio

Los de limpio corazón verán a Dios

“¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas ni ha jurado con engaño. El recibirá bendición de Jehová y justicia del Dios de salvación”
(Salmo 24:3-5).

Hay una curiosa correspondencia antagónica entre las ocho bienaventuranzas pronunciadas al comienzo del ministerio público de Jesús y los ocho ayes lanzados contra los fariseos y escribas. Las bienaventuranzas son el camino abierto por Cristo para acceder al reino de los cielos, los ayes señalan que los escribas y fariseos cerraban el reino de los cielos a los hombres (Mat. 23:13, 15). Las bienaventuranzas exaltan la bondad y la misericordia con los menesterosos, los ayes condenan a los líderes del pueblo por el modo como trataban a las viudas, y por el olvido de la justicia, la misericordia y la fe (Mat. 23:14, 23). Jesús llama bienaventurados a los mansos, pacificadores que sufren persecución; en los ayes, Jesús acusa a los fariseos y escribas de perseguidores y asesinos (Mat. 23:34, 35).

También la bienaventuranza de los limpios de corazón tiene su contraposición en los ayes. La limpieza a la que se refiere Jesús no es el ideal imposible del corazón exento de pecado; no es simplemente estar limpio de concupiscencia; es la limpieza del corazón sincero, fiel, servidor de Dios; es el corazón del hombre que subirá al lugar santo de Dios: “El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas ni ha jurado con engaño” (Sal. 24:4). Es todo lo contrario de la falsedad hipócrita de los fariseos y escribas: “Limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia” (Mat. 23:25).

Jesús dijo que estos verán a Dios. ¿Cómo lo verán? ¿Dónde? Como en otras promesas de las bienaventuranzas, esas bendiciones se cumplen aquí y ahora; y más plenamente, en la eternidad. Elena de White nos asegura: “Cuando estamos escondidos en Cristo vemos el amor de Dios. [...] Por la fe lo contemplamos aquí y ahora. En las experiencias diarias percibimos su bondad y compasión al manifestarse su providencia. [...] Los de limpio corazón viven como en la presencia de Dios durante los días que él les concede aquí en la tierra y lo verán cara a cara en el estado futuro e inmortal, así como Adán cuando andaba y hablaba con él en el Edén” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 27).

Este día pídele a Dios que limpie tu corazón. En él hay poder para transformar tu vida.

Los pacificadores serán llamados hijos de Dios

12
junio

*“El que quiere amar la vida y ver días buenos,
refrene su lengua de mal y sus labios no hablen engaño;
apártese del mal y haga el bien; busque la paz y sígala”*

(1 Pedro 3:10, 11).

La paz verdadera se funda primeramente en la paz con Dios: la reconciliación obrada por Jesucristo y la justificación aceptada por la fe nos devuelven la armonía con Dios. Así lo dice el apóstol Pablo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Rom. 5:1, 2). La segunda condición de la paz verdadera es la paz con nosotros mismos, una conciencia sin remordimiento, un espíritu sereno, una mentalidad positiva concretan la paz interior. Finalmente, la tercera condición de la paz verdadera es la paz con nuestro prójimo: nuestra familia, nuestros hermanos en la fe, los extraños, incluso los que se consideran nuestros enemigos. “El que está en armonía con Dios y con su prójimo no sabrá lo que es la desdicha. No habrá envidia en su corazón ni su imaginación albergará el mal; allí no podrá existir el odio” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 27).

Los pacificadores construyen la paz. No se conforman con gozarla como un fruto personal de su equilibrio mental, más bien, crean los condicionantes necesarios para que otros tengan paz; se comprometen, buscan, propician, defienden y siguen la concordia. Un constructor de paz es un activista silencioso, bondadoso y benigno de la bandera de la conciliación, es un resistente pacífico contra la violencia, como lo fue Jesús, por eso son llamados hijos de Dios: “El corazón que está de acuerdo con Dios participa de la paz del cielo y esparcirá una influencia bendita. [...] quienquiera que incite a los demás, por palabra o por hechos, a renunciar al pecado y entregarse a Dios, es un pacificador. [...] El espíritu de paz es prueba de su relación con el cielo” (*ibid.*, p. 28). El texto de Pedro nos dice que este es el secreto: gozar de la vida y ver días buenos.

Te invito a ser un pacificador que revele al mundo la esencia del evangelio. Muestra con tus actitudes el equilibrio y la serenidad que resultan de haber estado en comunión con Jesús. Entonces, muchos podrán percibir que hay un Dios en los cielos...

13

junio

Bienaventurados los que padecen persecución

*“El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo;
y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán.
Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre;
pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo”*
(Mar. 13:12, 13).

Como una prueba más del gran conflicto entre Cristo y Satanás en este mundo, los hijos de Dios han padecido persecución a lo largo de los siglos. Y aunque parezca paradójico, esta situación se agravará en el tiempo del fin como una más de las señales precursoras del fin. Pero ¿cómo es posible que haya persecución en un tiempo de libertades individuales y de derechos humanos? Lo cierto es que no todos los países del mundo gozan plenamente de esos privilegios y la intolerancia religiosa está tomando formas muy diferentes, según los gobiernos en funciones. Pero, tristemente, mucha gente sigue muriendo a causa de conflictos religiosos.

En la actualidad, se considera que hay tres principales zonas donde florece la intolerancia religiosa: los países con una sólida presencia del fundamentalismo islámico, las regiones donde aún hay regímenes totalitarios de impronta comunista y aquellos lugares donde existen nacionalismos étnicos. Aunque parezca extraño, los cristianos conforman el grupo religioso más perseguido y discriminado del mundo; asimismo, el 75% de los atentados contra la libertad religiosa tienen como blanco a los cristianos.

No, no solamente se refería Cristo en esta octava bienaventuranza a las diez crueles persecuciones del Imperio romano, a todos los mártires medievales o a las obligadas delaciones inquisitoriales de padres a hijos, de hermanos a hermanos e incluso entre esposos que podían llevarles a la muerte en la hoguera. Cristo consideró también bienaventurados a los que vivirán la gran aflicción final que precederá a la Segunda Venida y el establecimiento del reino de los cielos. Persecución, oposición, falta de libertades, ¿muerte? Tal vez, pero también bienaventuranza porque el tiempo de entrar en el reino ya ha llegado. Los brazos abiertos del Rey de reyes nos esperan.

Pero hay un Dios en los cielos... cuando sufrimos algún tipo de intolerancia religiosa y persecución, ahí está él, a nuestro lado, para recordarnos que nada nos puede separar de su amor: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? [...] Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios [...]” (Rom. 8:35-39).

No desmayes. Él sigue a tu lado.

Gozosos en la persecución

.....

“Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros”

(Mateo 5:11, 12).

14
junio

En una ocasión, un grupo de disidentes de una importante iglesia de la Unión Adventista Española, con inusual hostilidad, se propuso desprestigiar ante la sociedad la fe de sus antiguos correligionarios. No solo comparecieron en programas de radio y televisión, sino que se pusieron en contacto con una diputada de un partido político que había iniciado una campaña de investigación y denuncia de lo que ella entendía como “sectas peligrosas”. Le entregaron documentación y publicaciones a las que la señora diputada, inducida por los disidentes y protegida por la inmunidad parlamentaria, daba una interpretación sesgada, deliberadamente denigrante de la Iglesia Adventista. Aunque algunos medios de comunicación acusaron a la diputada de oportunismo y de falta de mundo político, durante algunos años, fue la voz más autorizada en España sobre el tema de las sectas.

Nunca aceptó nuestras invitaciones para visitar las oficinas o alguna de nuestras iglesias, para consultar los archivos o preguntar directamente a los miembros. Nunca quiso hablar con nosotros para aclarar los errores que estaba publicando; por el contrario, sus invectivas y falsas acusaciones se repetían semana tras semana en periódicos, revistas y entrevistas. Para los adventistas españoles fue una verdadera pesadilla. Finalmente, en las elecciones de 1990, perdió el acta de diputada, fue desposeída de inmunidad y tuvo que afrontar veintiocho juicios de denuncias por difamación. En ese tiempo, aceptó un debate conmigo por radio y quedó clara la desinformación de que había sido víctima por no escuchar más que a disidentes de nuestra Iglesia. Nunca más volvió a hablar contra los adventistas del séptimo día.

“Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo”. Esta sutil persecución no atenta contra la integridad física o la vida de los hijos de Dios, sino contra su honor, su credibilidad y su reputación. No los encierra en sombríos calabozos de piedra, sino en cárceles de papel, encadenados por cadenas de palabras, imágenes y columnas periodísticas que, amparadas por la libertad de expresión, injurian, ultrajan y denigran impunemente, a la iglesia. ¡Cuidado! esta persecución no es menos cruenta que las otras y sí es mucho menos honrosa.

No olvides que Dios protege a su iglesia contra cualquier ataque. Si hoy recibes un ataque por causa de Jesús, recuerda que tu recompensa será mucho mayor.

15
junio

Luz del mundo

.....

“Vosotros sois la luz del mundo”
(Mateo 5:14).

Cuando regresaba a su país, un misionero estadounidense compró en un mercadillo de Hong Kong un collar que le costó 30 dólares. Un joyero que lo vio en San Francisco (EE.UU.) le ofreció 500 dólares por el collar, pero el misionero no lo quiso vender. Más tarde, de visita en la ciudad de Nueva York, entró en la famosa joyería *Tiffany* y pidió que lo tasaran. Así lo hicieron ¡y lo valoraron en 30.000 dólares! Además, le aseguraron que estaban dispuestos a comprárselo. El misionero, asombrado, aceptó venderlo, pero con una condición: que le dijese cuál era el secreto de su valor. El dependiente le mostró detrás de cada gema dos iniciales: N. J. El collar era una pieza histórica. Se trataba del regalo de bodas de Napoleón Bonaparte a su esposa Josefina. Así ocurre con aquellos a los que Jesús dice: “Vosotros sois...” Ocultas en alguna parte, llevamos grabadas las iniciales de nuestro Salvador que nos identifican como suyos.

Solamente el gran Yo Soy de la zarza ardiente y el Yo Soy del evangelio pueden señalar con su dedo a aquellos que le pertenecen: “Vosotros sois...” Esta expresión apologética aparece primero en la Alianza del Sinaí: “Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra” (Éxo. 19:5). Después la encontramos en los pasajes donde Dios se defiende de los falsos dioses: “Vosotros sois mis testigos y mi siervo que yo escogí” (Isa. 43:10). También inmediatamente después de las bienaventuranzas: “Vosotros sois la sal de la tierra [...] la luz del mundo” (Mat. 5:13, 14) o cuando Jesús establece los vínculos con sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” (Juan 15:5), “Vosotros sois mis amigos” (15:14). Pedro la usa para indicar la dignidad y misión de la Iglesia: “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Ped. 2:9) y, finalmente, en el Apocalipsis la expresión cambia de forma pero no de significado cuando identifica al remanente: “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús” (Apoc. 14:12, RVA).

Pero si el carácter apologético de la expresión nos identifica y dignifica como el verdadero pueblo de Dios a pesar de nuestra apariencia humilde y sencilla, “vosotros sois” nos compromete y responsabiliza con el cumplimiento de la misión que nos ha sido asignada en el mundo.

¿Ya has descubierto las iniciales de Cristo en tu vida y carácter?

La sal de la tierra

.....

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres”
(Mateo 5:13).

16
junio

Se cuenta que Fritz Kreisler, el famoso violinista vienés fallecido en 1962, vio un día un Stradivarius en una vitrina de una casa de instrumentos musicales de Londres. Lo quiso comprar, pero el precio era sumamente elevado. Pidió que se lo guardaran mientras reunía el dinero, pero no fue posible. Al cabo de unos días, el Stradivarius fue adquirido por un coleccionista. Kreisler se enteró y, como tenía un mecenas dispuesto a financiarle la compra, solicitó una entrevista con el ricachón y le ofreció comprarle el violín. Pero ¿cómo iba a venderle la joya más valiosa de su colección? El violinista insistió pero no pudo convencerle. Cuando ya se marchaba, le rogó que le dejara interpretar una pieza musical con aquel maravilloso instrumento. El millonario aceptó. Kreisler tocó el violín de manera magistral. Cuando se retiraba, el coleccionista lo detuvo y le dijo: “No se vaya, el Stradivarius es suyo, se lo regalo. No puedo retener en una vitrina un instrumento capaz de producir tan hermosa música. Llene usted el mundo entero de esas melodías”. Es verdad, Dios no nos ha concedido el altísimo privilegio de ser sal y luz del mundo para que permanezcamos “dentro de una vitrina”.

La presencia de la sal no pasa desapercibida, allí donde se encuentra resulta evidente por su sabor, su penetración y su capacidad preservadora. “La sal tiene que unirse con la materia a la cual se la añade; tiene que entrar e infiltrarse para preservar. Así, por el trato personal llega hasta los hombres el poder salvador del evangelio. [...] La influencia personal es un poder. El sabor de la sal representa la fuerza vital del cristiano, el amor de Jesús en el corazón, la justicia de Cristo que compenetra la vida” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 26).

Jesús advirtió que la sal puede perder su sabor, expresión que era un dicho popular de la época, y que solía ocurrir con la sal del Mar Muerto que no tiene gran pureza. Entonces, no sirve para nada, es echada fuera y pisoteada por los hombres, aquellos a quienes debiera haber comunicado su sabor de vida para vida, y preservado de la perdición eterna.

El Señor no nos ha llamado para pasar inadvertidamente por este mundo. Al contrario, quiere que seamos agentes de cambio, canales de su amor para transformar vidas y proclamar al mundo que hay un Dios en los cielos.

17
junio

Así alumbra vuestra luz

.....

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de una vasija, sino sobre el candelero para que alumbre a todos los que están en casa. Así alumbra vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”
(Mateo 5:14-16).

El sermón del monte fue pronunciado por Jesús en la ladera de una colina que formaba un anfiteatro natural, por eso pudo ser escuchado por la multitud presente. Elena de White dice que acababa de salir el sol y su luz iluminaba las casas, de modo que los oyentes de Jesús podían, girando la cabeza, comprobar la verosimilitud de lo que el Maestro decía.

“Vosotros sois la luz del mundo”, nos parece una palabra sorprendente porque Jesús está aplicando a sus discípulos algo que, en un sentido absoluto, solo le corresponde a él: “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12). Por consiguiente, los discípulos solo podemos reflejar la luz de Cristo y para ello necesitamos vivir en perfecta relación con él. El apóstol Pablo dice a los Efesios: “Antes vivíais en la oscuridad; pero ahora, al estar unidos al Señor, vivís en la luz. Portaos como quienes pertenecen a la luz” (Efe. 5:8, DHH). Elena de White afirma: “La humanidad por sí misma no tiene luz. Aparte de Cristo somos un cirio que todavía no se ha encendido [...] no tenemos un solo rayo de luz para disipar la oscuridad del mundo. Pero cuando nos volvemos hacia el Sol de justicia, cuando nos relacionamos con Cristo, el alma entera fulgura con el brillo de la presencia divina” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 36). Y una aclaración pertinente, Jesús no dijo que esas “buenas obras” deban servir para exaltar el mérito humano, sino para “glorificar a vuestro Padre que está en los cielos”.

¿Cuáles son las buenas obras a las que se refiere Jesús? Elena de White nos da la respuesta: “Las pruebas soportadas con paciencia, las bendiciones recibidas con gratitud, las tentaciones resistidas valerosamente, la mansedumbre, la bondad, la compasión y el amor revelados constantemente son las luces que brillan en el carácter, en contraste con la oscuridad del corazón egoísta, en el cual jamás penetró la luz de la vida” (*ibíd.*, p. 40).

Hoy tienes el privilegio de ser un canal de luz para iluminar la vida de otras personas. Acepta al Señor en tu vida para que su luz brille a través de tus acciones y palabras a lo largo de este día.

No he venido a abolir, sino a cumplir

18
junio

“No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir; porque de cierto os digo que antes que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:17, 18).

La doctrina y la obra de Cristo no tenían la misión de abolir la Ley de Dios, sino de cumplirla. ¿Cómo debemos entender estas palabras en el contexto del sermón de la montaña? ¿A qué ley se está refiriendo Jesús? ¿Qué significa aquí cumplir la Ley?

Jesús empieza diciendo: “No penséis que”, posiblemente porque en su tiempo circulaba algún malentendido con respecto a Cristo y la Ley, como ocurre hoy con quienes piensan que los Diez Mandamientos han dejado de tener vigencia con la llegada del evangelio. El verbo traducido por abolir, *kataluein*, es muy fuerte, no designa una refutación teórica de la Ley, sino una actividad capaz de hacerla desaparecer, destruirla, liberando a los hombres de su autoridad y obediencia. Pero ¿de qué ley está hablando Jesús? Parecería que se está refiriendo a todo el Pentateuco, considerado por el judaísmo como la ley, la parte con mayor autoridad del Antiguo Testamento. Sin embargo, todos los mandamientos citados por Jesús en los versículos siguientes son preceptos de carácter moral: no matar, no adulterar, el repudio de la esposa, no jurar en falso, ojo por ojo y diente por diente, amar al prójimo, etcétera, todos pueden inscribirse en las prescripciones propias del Decálogo.

En cuanto al significado aquí del verbo cumplir, *plerosai*, es múltiple y complementario, significa en primer lugar ‘guardar’, ‘observar’, ‘obedecer’; también se puede traducir por ‘completar’, ‘llevar a su plena realización’; asimismo significa ‘manifestar su espiritualidad’, es decir, no conformarse con el formalismo de la letra, sino con el espíritu de la ley; también quiere decir ‘personificar’, primero en la propia vida de Jesús que “era una representación viva del carácter de la ley de Dios” (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 33), después, en los corazones de los conversos del nuevo pacto: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (Heb. 8:10).

De esa legislación así comprendida y magnificada, Jesús dijo que “ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”, es decir, proclamó enfáticamente la inmutabilidad de la Ley, su vigencia y su autoridad hasta los confines del fin.

Te invito a dejar entrar a Jesús en tu vida. Así se cumplirá el propósito de la Ley en ti.

19
junio

Amad a vuestros enemigos

.....

“Oísteis que fue dicho: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen”
(Mateo 5:43, 44).

Estos versículos y los que le siguen son una de las partes más hermosas del evangelio. “Oísteis que fue dicho” se está refiriendo a Levítico 19:18: “No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Pero este amor al prójimo se limitaba a los hijos de Israel y a los extranjeros residentes entre los israelitas (Deut. 10:18, 19). Ni en la ley ni en todo el Antiguo Testamento hay un precepto o recomendación que hable de amar a los enemigos, tampoco que ordene que se les odie o aborrezca.

En el sermón de la montaña Jesús condena también el formalismo, la ciega adhesión de los fariseos a la letra de la ley. “Oísteis que fue dicho a los antiguos... pero yo os digo” (Mat. 5:21, 22), Jesús reemplaza “la cámara fotográfica de la moral farisaica” que ve solo el exterior por “el aparato de rayos X del Espíritu Santo” que ve, descubre y juzga el interior, el corazón.

A la ley del talión, “ojo por ojo y diente por diente” (Mat. 5:38-42) que fue dada para reglamentar la venganza y frenar el mal, Jesús opone el principio activo de la no violencia que consiste en abrir la conciencia del otro, introducir en ella un rayo de luz, no reaccionar con la fuerza, sino con el Espíritu que penetra y redarguye: poner la otra mejilla, darle el manto si te ha tomado la túnica, llevar una carga dos millas si te ha obligado a una.

En el mismo contexto de la ética de relaciones interpersonales, Jesús supera totalmente los límites impuestos por la moral rabínica y asciende al cenit mismo de la moral cristiana: el amor a los enemigos (Mat. 5:43, 45) y no apelando a sentimientos pasajeros, sino a los santos principios que emanan del propio amor divino. El Señor sabe que no se puede ser genuinos creyentes teniendo el corazón lleno de odio, aun cuando existan razones que lo justifiquen. Al orar por los enemigos, los odios y rencores se van superando independientemente de que en ellos haya un cambio de actitud. Entonces, hay paz en el corazón.

En este día, te exhorto a orar por aquellos que te han lastimado y te han hecho daño. Dile a Dios: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34).

La antítesis de la venganza

.....

20
junio

“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está:

‘Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor’ ”

(Romanos 12:17-19).

Conocí a la familia Deplano y su tremenda historia en el Colegio Adventista de Collonges (Francia). Él era profesor de dibujo en nuestra escuela secundaria. Oriundos de Argelia, tenían un solo hijo que se había casado con una joven que pronto dio muestras de no vivir los principios cristianos que había prometido en su bautismo de conveniencia. Llevaba una vida desordenada, perdió el interés por su esposo y los disgustos de la pareja se multiplicaron; mientras, los padres observaban, sufrían y oraban. Llegaron a enterarse de que aquella mujer era infiel a su hijo, pero callaron, siguiendo una táctica de no entrometerse. Les nació un bebé a la pareja, lo que produjo una alegría pasajera, pero lo peor estaba por venir. Una noche, el hijo de los hermanos Deplano apareció muerto de un disparo en la cabeza y los tribunales culparon a su esposa de homicidio. La guerra de independencia de Argelia impidió la ejecución de la sentencia porque todos los franceses fueron forzados a repatriarse, dejando propiedades, trabajos y causas pendientes. Los Deplano, su nuera y el niño de tres años se instalaron en Francia; con resignación, sin tomar represalias aunque tenían un acta debidamente legalizada de la acusación de los tribunales argelinos, soportaron con indulgencia las visitas de aquella mujer, solazándose con el cariño del nietecito a quien tenían consigo. Pero la madre, haciendo uso de su derecho de custodia, les arrebató al niño y se lo llevó a París, donde vivían en una pensión.

Así conocí a los queridos hermanos Deplano, tristes, pero sin perder la fe en la misericordia divina, compasivos, tratando de olvidar, sin dejarse vencer por el mal sino, como dice Pablo, venciendo con el bien el mal. A pesar de todo, no habían permitido que el odio invadiera sus vidas y todavía tenían mucho amor para compartir con otros.

Este mundo está lleno de injusticias. Por todas partes hay historias que revelan la ruindad del corazón humano. Pero cada vez que surjan tentaciones de asumir actitudes vengativas, es importante recordar que hay un Dios en los cielos que es el Juez de este mundo.

Si estás viviendo una injusticia en este momento, recuerda hoy estas palabras: “Mía es la venganza, yo pagaré”. Confía en él.

21
junio

Crónica de un muerto olvidado

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre. Pues bien, aun vuestros cabellos están todos contados. Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos”
(Mateo 10:29-31).

En estos tiempos se clasifica a los países por su producto interior bruto (PIB), su renta per capita, el nivel de formación de sus ciudadanos o su respeto y tutela de los derechos humanos. Pues bien, Suiza se encuentra entre los primeros del *ranking* de países más civilizados. Por ello, causó tanto estupor y vergüenza el documental *Crónica de un muerto olvidado*, de Pierre Morath, emitido en la televisión suiza el 16 de enero de 2013. En esta filmación se cuenta que un hombre de cincuenta y tres años, Michel Christen, murió en su apartamento del barrio de las Acacias de Ginebra en enero de 2003 y el cadáver permaneció ahí hasta mayo de 2005. Después de una investigación que duró varios años, el productor del documental ha resucitado la noticia y ha puesto “el dedo en la llaga” de la población ginebrina. ¿Cómo es posible que durante veintiocho meses, aquel ciudadano deshollinador de oficio, padre, vecino de la finca, con amigos, bombero voluntario, muriera pasando inadvertido por todos sus conocidos? Pierre Morath dice: “Su historia es como un descenso a los infiernos; una herida le impide ir al trabajo. Allí, solo, se consume en el alcoholismo, se convierte en odioso para su familia, la pierde, ensombrece en una miseria psicológica y social”. La sociedad opulenta no quiere saber nada de esos muertos olvidados, posiblemente porque desvelan las miserias humanas que esconde debajo del desarrollo y el estado del bienestar. Pero no se puede callar, ni ocultar la realidad: en Suiza, la policía descubre un promedio de cuatro muertos olvidados por mes; y en Francia, ¡se encontró un cuerpo que llevaba diecisiete años muerto y olvidado en una casa de Lille!

Esto nos hace reflexionar sobre el drama de las relaciones humanas en el mundo de hoy. Pero Dios no se olvida de nosotros: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? ¡Aunque ella lo olvide, yo nunca me olvidaré de ti!” (Isa. 49:15).

El versículo de hoy dice que ningún pajarillo “cae a tierra sin el permiso de vuestro Padre” aun a pesar de su escaso valor. Lo mismo promete a los creyentes: Dios no se olvidará de nosotros en ningún momento. Desde su morada, mira con interés cada uno de nuestros pasos para indicarnos el mejor camino a seguir.

Señor, enséñanos a orar

“Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar y, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: ‘Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos’”

(Lucas 11:1).

22
junio

¿Te has preguntado alguna vez cómo oraba Jesús? ¿Te gustaría escuchar sus oraciones sin ser visto una de aquellas madrugadas que él pasaba a solas con Dios? Conocemos algunas de sus oraciones, pero no tenemos de ellas más que unas cuantas palabras que los evangelistas nos han transmitido. Los discípulos “habían estado alejados por corto tiempo de su Señor y, al volver, lo encontraron absorto en comunión con Dios. Como si no percibiese su presencia, él continuó orando en voz alta. Su rostro irradiaba un resplandor celestial. Parecía estar en la misma presencia del Invisible; había un poder viviente en sus palabras, como si hablara con Dios” (*La oración*, p. 345). Cuando hubo terminado, profundamente impresionados, exclamaron: “Señor, enséñanos a orar”. Según el evangelista Lucas, así nació el Padrenuestro, como una respuesta a esta petición de los discípulos.

Todos admiramos el ministerio de Cristo y nos preguntamos cómo y dónde encontró el poder indiscutible de su vida. Elena de White nos dice: “La vida terrenal del Salvador fue una vida de comunión con la naturaleza y con Dios. En esta comunión nos reveló el secreto de una vida llena de poder” (*El ministerio de curación*, p. 33).

En efecto, cada vez que el Salvador tuvo que afrontar una circunstancia difícil, los evangelios nos lo presentan de rodillas ante el Padre. Para él, la oración era mucho más que una práctica religiosa piadosa, más que un convencionalismo formal del lenguaje espiritual, más que un instrumento de comunicación con Dios. La oración es la esencia de la religión misma, no un medio, sino un fin, la llave de la relación del creyente con Dios, el aliento del alma, la fuente del poder espiritual.

Estando en este mundo, Jesús consideró imprescindible la oración en su vida. Incluso, la Biblia dice que llegó a pasar toda una noche en oración. En esos momentos encontraba mucha paz al estar en comunión con el Padre celestial. Si él, un ejemplo vivo de lo que significa creer, sentía una profunda necesidad de orar, ¡cuánto más nosotros debiéramos sentir una enorme avidez de acercarnos a nuestro Padre celestial! En realidad, no somos conscientes de la relevancia de la oración en nuestras vidas.

Hoy te invito a dedicar tiempo a la oración y abrir tu corazón a Dios como a un Amigo. Él mismo te enseñará a orar.

Aprender a orar

“Vosotros, pues, oraréis así”
(Mateo 6:9).

Cuando mis nietos eran pequeños procurábamos enseñarles a orar antes de comer, junto a la cuna, antes de dormir, cuando íbamos a salir de casa. Asimismo, orábamos si alguien de la familia estaba enfermo o en cualquier otra circunstancia en la que necesitábamos el cuidado y la protección de Dios y sus ángeles. Los niños imitaban los gestos y repetían las palabras de sus “yayos”: juntaban las manitas, doblaban las rodillas, cerraban los ojitos y balbuceaban las palabras que escuchaban. Después, al terminar la oración, pronunciaban un sonoro “Amén” y dibujaban en sus caritas inocentes una encantadora sonrisa. Algún día, esos niños, sin necesidad de nuestra presencia, orarán a Dios tal y como los “yayos” les enseñaron. Así también quiso hacer Jesús con sus discípulos. Según Mateo, después de darles unas cuantas instrucciones sobre la actitud correcta en la oración, les dijo: “Vosotros pues, oraréis así”, y sus labios pronunciaron las palabras del Padrenuestro (Mat. 6:9-13).

El Padrenuestro no es una oración que brote espontáneamente de nuestro corazón, no nos pertenece. Es una oración revelada y didáctica, que viene de Dios mismo a través de Cristo. Es Palabra de Dios que él pone en nuestra boca para que se la dirijamos. Descendida del cielo en nosotros, vuelve a subir a Dios y, por el milagro del Espíritu Santo, se ha convertido en la expresión de nuestra realidad humana más plena e íntima, como una súplica sincera y profunda de nuestra vida y la de nuestros hermanos, de la vida de la Iglesia y del mundo perdido, de todos los seres abatidos, angustiados y necesitados que nos rodean.

¡Qué maravilla es saber que el Padrenuestro es una oración que Dios pone en nuestros labios! Asimismo, el Espíritu Santo la suscita en nosotros, y así nos transforma y nos hace vivir en ella. De este modo, el Padrenuestro no debiera entenderse como una plegaria meramente repetitiva, palabra formal de un rezo capaz de cambiar el tenor de nuestras experiencias difíciles o satisfacer nuestras necesidades. El Padrenuestro es una oración pedagógica, educativa, es vida, es poder y fuerza, un camino y un modelo que quiere cambiar nuestra vida que quiere adecuar nuestra realidad a los términos y aspiraciones que en ella expresamos.

Dios, en Jesucristo, no solo nos enseña esta oración. Él la pronuncia también con nosotros. Él llegó a encarnar en vida el significado de esta oración. Él, que se reveló como la Palabra de Dios hecha carne, es también la oración hecha carne y, si creemos en sus promesas, seremos como aquellos que expresan y testimonian en su vidas la oración modelo, el Padrenuestro.

El libro más pequeño del mundo

*“Esta es a la verdad la más pequeña de todas las semillas,
pero cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas
y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo
y hacen nidos en sus ramas”*

(Mateo 13:32).

24
junio

Durante la primavera de 1977, el círculo restringido que organizaba coloquios para la reina Sofía de España, en el que yo era un consejero, sugerimos ir de excursión a un lugar de la sierra de Madrid llamado la Fuente de la Reina. Ella aceptó y, en plena naturaleza, sin protocolos, sentados todos en la hierba, degustamos una exquisita comida. Y en aquel clima entrañable de amistad y con profundo respeto por la soberana, le obsequié algunas miniaturas: una ficha microfilme de 5 x 5 cm con toda la Biblia en inglés, un facsímil en miniatura de una jarrita del Qumram con uno de los manuscritos del Mar Muerto que había comprado en el Museo del Libro de Jerusalén y el libro más pequeño del mundo que contenía el Padrenuestro en siete idiomas. La reina Sofía agradeció los obsequios, se hicieron fotos y, al caer la tarde, regresamos a Madrid.

La miniatura del Padrenuestro procedía del Museo Gutenberg de Maguncia (Alemania). Medía 3,5 x 3,5 mm. La imprenta y el pliegue eran un verdadero primor artesanal. El museo lo ofrecía en un estuche que llevaba una pequeña lupa, de manera que el texto era perfectamente legible. El libro más pequeño del mundo contiene la oración más pequeña del mundo, el Padrenuestro, como una semilla de mostaza de las enseñanzas de Jesús. En tan solo cinco cortos versículos se formula la oración modelo en el Evangelio de Mateo. Breve, corta, concisa, no es una oración prolija, ni palabrera. Sin embargo, es una oración universal, la más conocida, la más recitada, la más completa; es la oración modelo, el esquema y bosquejo de todas las oraciones del mundo.

La oración es el clamor de la necesidad dirigido hacia Aquel que es el único que puede aliviarla; es la angustia del pecado dirigida a Aquel que es el único que puede perdonarlo; es la súplica de la indigencia, el sometimiento de la humildad, el fervor del arrepentimiento, la creencia de la piedad. El Padrenuestro presenta en su maravillosa brevedad una riqueza, una plenitud, una continuidad y una simetría de pensamientos que la convierten, como decía Tertuliano, en el resumen admirable del evangelio entero, en la oración por excelencia de todos los cristianos.

Antes de salir a tus labores cotidianas, ora a Dios este día. Recuérdale tu profundo amor hacia él y la gran necesidad que tienes de su compañía.

25
junio

Padre nuestro que estás en los cielos

*“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
Padre de misericordias y Dios de toda consolación”*
(2 Corintios 1:3).

“Padre”, es el título que Dios se da por nosotros en esta oración. Dios mismo nos ha revelado ese nombre y lo ha puesto en nuestra boca. Quiere que nos dirijamos a él como un hijo lo hace a su padre, con el mismo respeto, con el mismo afecto, con la misma confianza. ¿Por qué ha escogido Dios tal nombre? Porque quiere que en el mismo umbral de la oración modelo, al comienzo de todas sus súplicas, aparezca, como una manifestación de su gracia, el milagro de la reconciliación. Dios quiere que el Padrenuestro sea una respuesta de la buena nueva de nuestra adopción.

No nos engañemos, estábamos perdidos y en nuestro extravío perdimos a nuestro Padre celestial; nuestra incredulidad, nuestra rebeldía y nuestro egoísmo nos convirtieron en huérfanos, sin Padre, sin Dios. Pronunciar, por consiguiente, ese nombre, ignorando la buena nueva de la reconciliación, es una mentira, más aún, es una pretensión diabólica, porque solo Jesús es por derecho Hijo de Dios y solo él puede llamar a Dios Padre, nosotros no. Pero Jesús, en la cruz, nos ha reconciliado con Dios, nos ha transmitido el derecho de hijos, nos ha hecho posible la adopción filial: “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gál. 3:26); “Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos, Abba Padre” (Rom. 8:15). Jesucristo nos ha abierto la puerta de la casa paterna donde podemos contemplar los tesoros del corazón de Dios abierto a sus hijos.

Y decimos “Padre nuestro”, no “mi Padre” porque es una oración de intercesión en la que nos presentamos al Padre como representantes de la familia humana, del mundo entero que, por nuestro medio, tiene así acceso al trono de la gracia y a la ternura del Padre de todos.

Seguimos diciendo, “que estás en los cielos” para recordarnos que nuestro Padre es Dios. Ese cielo es la divinidad, es la soberanía, la gloria del Padre nuestro, su independencia y libertad absolutas; el misterio de su presencia cerca de cada uno de nosotros y, a la vez, de la infinita distancia que lo separa de nosotros. El “Padre nuestro que estás en los cielos” está en los cielos porque es Dios y solo la oración de la fe, la oración de los hijos de Dios puede alcanzarle y tocarle. Sí, es Padre, pero es también Dios.

No olvides hoy que Dios es tu Padre. Te pareces a él. Le perteneces. Permítele cuidarte como uno de sus amados hijos.

Santificado sea tu nombre

.....

*“Así como aquel que os llamó es santo,
sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir,
porque escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’ ”*

(1 Pedro 1:15, 16).

26
junio

Después de habernos dirigido a Dios como nuestro Padre que está en los cielos, no habríamos pensado en hacerle esta primera petición: “Santificado sea tu nombre”. ¿Qué nos quiere enseñar Jesús con esta primera petición de la oración modelo?

Jesús, en la oración sacerdotal, dijo: “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste” (Juan 17:6). Y Pablo nos hace la siguiente admonición: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Col. 3:17). Nosotros, como pueblo de Dios, llevamos el nombre de Dios delante de los hombres de forma que el mundo conoce su santidad, su verdad, su justicia a través de nuestro testimonio; su nombre está asociado estrechamente a nuestra vida. Esta primera petición del Padre nuestro supone, por consiguiente, la eliminación de toda gloria humana, de todo mérito humano, la exaltación exclusiva del nombre de Dios. En el camino de la salvación, como dijo Pedro, no podemos poner nuestra confianza en ningún otro nombre que no sea el de Jesucristo: “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

Santificar el nombre de Dios significa que jamás su nombre sirva para cubrir infamias o empresas de iniquidad, un Dios que nos ha ordenado: “No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano” (Éxo. 20:7), que no puede ver la injusticia o la mentira, que tiene horror a la violencia que no soporta la opresión de alguna de sus criaturas ni la expoliación de sus derechos. Que quiere que el mundo se pueda dar cuenta de lo que él es a través de lo que es la iglesia.

Más de 400.000 personas visitan cada año la catedral gótica de León (España) (1205-1301), la *pulchra leonina*, para contemplar sus 1.850 m² de maravillosas vidrieras medievales que reducen los muros a su mínima expresión, dando al interior del templo un inigualable espectro lumínico. Un día, una maestra de la ciudad preguntó a una alumna si podía explicar a sus compañeras lo que era un santo y la niña que, sin duda, había visto los maravillosos vitrales de la catedral con sus figuras policromas iluminadas por la luz, dijo: “Un santo es un hombre hecho de vidrios de colores y tiritas de plomo a través del cual pasa la luz del cielo”.

Muestra hoy al mundo con tu vida que Dios es amor.

27
junio

Venga tu reino

.....

“Preguntado por los fariseos cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: ‘El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o Helo allí, porque el reino de Dios está entre vosotros’ ”
(Lucas 17:20, 21).

Todas las literaturas del mundo han recordado con nostalgia el paraíso perdido y esperado con anhelo la vuelta de una edad de oro, sueño y aspiración suprema de la humanidad, para restablecer en este mundo la paz, el gozo perdurable, la dicha y la felicidad de todos. Cervantes, en *Don Quijote de la Mancha*, aludiendo a *Las metamorfosis* del poeta latino Ovidio, describe ese mundo ideal del pasado y del futuro: “¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados porque entonces, los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes. [...] Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. [...] no había el fraude, ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen...”

¿Qué es, en realidad, el reino de Dios y por qué si ya está entre nosotros hemos de convertirlo en súplica y esperanza de nuestras plegarias? Para la mayor parte de los hombres, el reino de Dios es un estado superior que se alcanzará poco a poco con o sin la ayuda de Dios. Pero para los cristianos, el reino de Dios es Jesucristo, venido del Padre a este mundo, con todo el poder de la gracia salvadora.

Hoy, el reino de Dios es un reino invisible, una inmensa espera, la espera de su regreso, de una segunda venida en la que establecerá definitivamente su reino en la tierra. Cuando nosotros pedimos “venga tu reino”, pedimos que Jesucristo regrese, pero no a nuestros corazones, espiritualmente, porque eso ya lo hace por medio del Espíritu Santo, tampoco que venga como ya lo hizo, cubriendo su divinidad, sino que venga como Rey de gloria, como Señor todopoderoso, como Juez de toda la tierra.

Se trata de un evento visible por todos, final, es decir, más allá del cual no hay nada más que esperar. Cuando pedimos “venga tu reino”, no pedimos una edad de oro creada por los hombres, no el sueño de los poetas, sino las maravillas del reino que nos prometió Jesús, el cese y abandono sincero de todos los pequeños reinos que hemos instaurado en nuestras vidas.

Hoy puedes empezar a vivir el cielo en la tierra. Decide hacerlo.

Hágase tu voluntad

.....

*“El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado,
y tu Ley está en medio de mi corazón”*
(Salmo 40:8).

28
junio

Después de la oración de la humildad y la de la esperanza viene la oración de la obediencia. La esperanza del reino de Dios no puede ser una huida del mundo presente, un pretexto para eludir las responsabilidades actuales. Esa espera es lo contrario de una relajación; esa espera es la condición primera de nuestra fidelidad cotidiana. Para hacer la voluntad de Dios en la tierra es necesario saber cómo es hecha en el cielo y ese cielo es el reino que esperamos y pedimos, un mundo en el que la voluntad de Dios se cumple totalmente. Podríamos entonces formular así esta parte del Padrenuestro: “Sea hecha tu voluntad en la tierra hoy, como será hecha el día que vengas en tu reino”. Esto quiere decir que podemos comenzar ya a realizar en la tierra algo del cielo que esperamos porque obedecemos a Dios como si su reino ya hubiese venido.

La obediencia cristiana es una anticipación del reino celestial, una verificación de la autenticidad de nuestra esperanza. El reino, aunque sea todavía futuro, nos compromete en todos los dominios de nuestra existencia presente, convirtiéndonos, en medio del mundo dominado por el enemigo, en precursores de un mundo mejor.

“Sea hecha tu voluntad”. Con frecuencia damos a esta petición un sentido pasivo como si la voluntad divina se limitase a las cosas que debemos sufrir: la enfermedad, el duelo, las pruebas. Muchos cristianos suelen repetir estas palabras con paciencia y resignación cuando les toca soportar alguna desgracia. Pero la petición tiene aquí un sentido activo e imperativo, es decir, se aplica a lo que hacemos o debiéramos hacer mucho más que a lo que padecemos o nos está ocurriendo, significa: concédeme la fuerza de hacer tu voluntad, sin resignarme al curso de los acontecimientos. Cuando Jesús, en su oración agónica del Getsemaní, dijo: “No sea como yo quiero, sino como tú” (Mat. 26:39), no estaba aceptando con sumisión lo inevitable, no había de su parte el menor rendimiento al azar o al fatalismo, sino que estaba pidiendo a Dios que le diese a conocer lo que esperaba de él y la fuerza para aceptar su voluntad con obediencia pura.

Por consiguiente, Jesucristo ya cumplió esa voluntad del Padre, fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz, y nosotros, por la fe, con temor y temblor, podemos pedir a Dios que lo que él cumplió, su fidelidad y obediencia, lo sea verdaderamente por nosotros y en nosotros.

Ora a Dios en este momento: “Cumple hoy, Señor, tu voluntad en mi vida”.

29
junio

Danos hoy nuestro pan cotidiano

*“Echad toda vuestra ansiedad sobre él,
porque él tiene cuidado de vosotros”*

(1 Pedro 5:7).

Los años de la posguerra fueron años muy duros para muchas familias españolas: racionamiento de los víveres, desempleo, salarios de miseria, viviendas sin los más elementales medios higiénicos. El pan estaba racionado y era escaso y negro, no porque fuera integral, sino porque estaba hecho de una mezcla de harinas de toda clase. Mi tío José, hermano de mi madre, era conductor de camiones y hacía el transporte de pescado desde San Sebastián hasta Zaragoza, pasando por la región navarra donde, debido a sus fueros históricos y a la colaboración que prestaron en la Guerra Civil al ejército del general Francisco Franco, el pan no estaba racionado. Ahí tenían pan blanco, macerado, muy entrado en harina, esponjoso, con la costra brillante, crujiente. Mi tío compraba unas cuantas barras de ese pan y, cuando llegaba a Zaragoza, nos traía a casa una o dos barras. Recuerdo que mi padre tomaba aquel pan en las manos, lo partía en rodajas y nos lo comíamos como postre. Para mí y mis hermanos era un verdadero festín y aún hoy, en mi mesa, yo no sabría terminar una comida sin echarme a la boca un trozo de pan.

El pan es el alimento básico de millones de personas. Representa, por consiguiente, todo lo que necesitamos para subsistir. Hasta aquí, el Padrenuestro nos ha invitado a pedir por el nombre, el reino y la voluntad divinos; ahora debemos pedir por nosotros, con esa confianza concreta y precisa del hijo que pide a su padre el alimento para poder vivir. “Danos hoy”, reza el Padrenuestro, porque Dios es el único que posee todo, el gran dador de todo y el hombre, su criatura, el que recibe todo. En esta oración, volvemos a ser criaturas junto al Creador, con los vínculos de confianza que nos permiten ir y venir sin preocupación porque sabemos que Dios “tiene cuidado de nosotros”.

Pero la petición del pan cotidiano va más allá de nuestras carencias materiales; pedimos también el pan de la amistad y el afecto humano; el pan del amor conyugal y la paz familiar; el pan de la salud y el gozo de vivir; el pan de la libertad y la paz social. Y ese pan cotidiano del Padrenuestro representa además el pan del cielo, la Palabra de Dios, el pan de vida, el que alimenta y hace vivir nuestra fe: “Escrito está: ‘No con solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’” (Mat. 4:4).

Alimenta hoy tu vida con la Palabra de Dios.

Perdónanos nuestras faltas

.....

*“Ten piedad de mí, Dios, conforme a tu misericordia;
conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones”*
(Salmo 51:1).

30
junio

Todavía no está dicho todo. Como personas moralmente responsables, como hijos de un Padre amante, santo y justo, nos queda aún acercarnos a él como penitentes, pedirle el perdón por nuestras ofensas. En realidad, todos ofendemos a Dios: le ofendemos cuando dudamos de su Palabra, pecando de incredulidad; cuando abusamos de su gracia, protestando porque no siempre nos la concede; cuando somos desagradecidos, olvidando sus muchas misericordias; cuando somos egoístas, ocupándonos únicamente de nosotros mismos; cuando el orgullo nos convierte en seres autónomos e independientes; cuando somos inmisericordes con los demás, juzgándoles y condenándoles con pasión despiadada; cuando amamos más la paz que la justicia; cuando permanecemos indiferentes ante el sufrimiento ajeno; cuando ante la iniquidad y la perfidia nos refugiamos en el silencio cómplice; cuando con demasiada frecuencia somos una continua ofensa al Padre que está en los cielos.

Si un día llegásemos a creer que ya no ofendemos al Señor, si perdiésemos la necesidad vital de pedir perdón a Dios, esto querría decir que nos hemos deslizado fuera de la fe cristiana. Porque un cristiano no es el hombre que jamás ofende a Dios, sino el que vive en el arrepentimiento y la contrición dolorosa de estar, impotente, ofendiendo a Dios. Pedir perdón al Padre es vida para un cristiano porque sabe que goza del perdón y de la gracia divina, porque sabe que Jesús murió por sus ofensas para que él tenga vida, porque sabe que la cruz borró y enterró con Jesucristo todos sus pecados: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Efe. 2:5).

¿No te parece un milagro de su maravillosa gracia que sea Dios mismo quien pone en nuestros labios la petición del perdón? Dios nos atrae a sí, nos sube sobre sus rodillas para decirnos amorosamente: “Pídeme perdón”. Dios suplica a nuestra condescendencia de ofensores: “Pídeme perdón”, y recibirás ese perdón celestial que da paz y equilibrio a la conciencia. Ese perdón es la revelación misma de Dios. Nadie puede conocer al Padre celestial sin ser perdonado. Nadie puede ser otra cosa delante de él que un pecador perdonado. Y tal como pidió David, ese perdón divino creará en nosotros un nuevo corazón: “¿Crea en mí, Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí!” (Sal. 51:10).

Te invito a suplicar el perdón de Dios. Confíesale tus pecados. Reconoce tus fallos. Él te está esperando.